

Fray Domingo Basso OP
Maestro en Sagrada Teología

*REFLEXIONES TEOLÓGICAS
SOBRE EL SANTO ROSARIO*



www.traditio-op.org

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

REFLEXIONES TEOLÓGICAS SOBRE EL SANTO ROSARIO

¿Puede hoy un teólogo permitirse reflexionar sobre la antigua plegaria mariana del santo Rosario? Daría la impresión de que, en el sentir de algunos, es algo poco serio y científico. “Un teólogo no puede ocuparse de estas “mojigaterías”, y, si se atreve a hacerlo, recibirá como premio una sonrisa irónica y compasiva. Más de cincuenta años consecutivos de estudio y de enseñanza de la teología, en casi todos los niveles, pero especialmente en el campo de la moral y en el diálogo entre ciencia y ética—creo—engendran ciertos derechos; por lo menos, el de tener la libertad de no amedrentarse frente a las opiniones de moda. Quien ha visto pasar muchas “novedades” sin pena ni gloria, ha aprendido por experiencia a distinguir entre lo perdurable y lo efímero. Las modas siempre pasan; carecen de vitalidad y hondura; en el ámbito de la teología quizás más velozmente que en los demás.

Existen detrás de los postulados teológicos tradicionales, verdades inmutables y ciertas procedentes de un Espíritu infinitamente sabio, e interpretadas por un Magisterio infalible y, por lo mismo, incuestionable. La Iglesia no es solamente una persona; es, además, una persona inteligente. No es un inerte instrumento de la voz de Dios: el Espíritu Santo, cuya divina inspiración la asiste, al mismo tiempo le confiere cuanto conforma una personalidad inteligente, es decir, perfecta claridad de visión, perfecta conciencia de sus derechos y deberes, poder director y motor, vigor y libertad, aptitud para la defensa y el ataque. De esta manera el Espíritu Santo asegura a todas las fuerzas dispersas, integrantes del entramado vital de la Iglesia a través de las edades y de las sucesivas generaciones, una continuidad milagrosa, caracterizada por una memoria infalible y por una lógica exenta de error.

Ello no excluye, ni mucho menos, las contribuciones de los hijos de la Iglesia a la ilustración del gran mensaje presentado por ella al mundo en el cumplimiento de su misión propia y específica, como tampoco excluye las deliberaciones de los concilios y de los sínodos, o las disputas de las escuelas teológicas. Pero el resultado de todas esas investigaciones privadas nada agrega a la sustancia del mensaje. En todo caso, alcanzan para fundamentar, con argumentos de simple conveniencia, los cánones conciliares o las definiciones pontificias; las cuales, a su vez, se limitan a iluminar más intensamente tal o cual punto revelado: “El Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar solamente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído”.¹

Estas expresiones significan que todas aquellas voces de teólogos y doctores son como el acorde de un coro que acompaña el canto de un solista. Y nada más. O—si se quiere agregar algo—esas formas de expresión, mientras la Iglesia no las sancione e incorpore, son como la materia prima inconcebible sin la forma sustancial, independientemente de la cual no puede subsistir. Y eso es singularmente verdadero cuando, por añadidura, se trata de propuestas que la Iglesia se niega de modo decidido, una y otra vez, generación tras generación, a suprimir o a incorporar en el acervo de su Tradición. También en la materia a tratar se aplica esta norma. El rezo del Rosario no es una manera de orar popular e intrascendente. Su contenido, eficacia, y conveniencia han sido sancionados repetidamente por la enseñanza del Magisterio Supremo y de numerosos santos varones y mujeres con un prestigio superior y, en frecuentes casos, mucho más compatible con el instinto de la fe, característico del pueblo de Dios, que el de los teólogos “actualizados”.

El Papa León XIII comienza una de sus Encíclicas con las siguientes palabras: “El Apostolado Supremo que nos está confiado y las circunstancias difíciles por que atravesamos, nos advierten a cada momento e imperiosamente nos empujan a velar con tanto más cuidado por la

¹ CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, 10; *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 86

integridad de la Iglesia cuanto mayores son las dificultades que la afligen”.²Al leer tan solemnes expresiones, el atento lector se imagina de inmediato que el Sumo Pontífice intentará dar respuesta a cuestiones sociales de suma gravedad, reprobará errores teológicos o de otro tipo altamente perniciosos, o advertirá sobre apremiantes necesidades del pueblo cristiano o de la sociedad en general. Su interés se concentra aun más sobre el texto. Cuando, al continuar la lectura, descubre sorprendido y estupefacto que tiene entre manos una larga disertación teológico-pastoral sobre las conveniencias y bondades del santo Rosario, una simple y vulgar plegaria, ejercitada desde hace siglos, pero hoy prácticamente abandonada por un cristianismo impermeabilizado ante el mandato de Cristo: “Es necesario orar siempre, sin desfallecer”.³¿Dónde está la novedad y la seriedad del asunto? Más se asombraría, sin embargo, el desinformado lector si se enterara de que esa encíclica es una de las tantas publicadas por ese grande e ilustre Pontífice, quien cada año de su largo pontificado, al llegar el mes de octubre, escribía una carta apostólica a la Iglesia universal ponderando y recomendando el rezo del Rosario.

Pero no ha sido León XIII el único Papa en referirse con entrañable afecto a esta devoción, antaño tan practicada por el sencillo y humilde pueblo fiel. Por el contrario, otros muchos Sumos Pontífices, incluyendo a Juan Pablo II y a Benedicto XVI, han imitado a su antecesor en la Cátedra de Pedro, elogiando calurosamente y con diferenciados estilos sus riquezas espirituales y su eficacia sobrenatural. Hasta tal punto esto es verdad, que bien se podría confeccionar un largo y completo tratado sobre el Rosario sólo utilizando los textos emanados del Supremo Magisterio de la Iglesia.

A partir de la Edad Media, la vida litúrgica del pueblo cristiano ha quedado estrechamente vinculada con el rezo diario del Rosario por considerarlo—a mi juicio—adecuado ejercicio de la debida piedad religiosa. Innumerables teólogos, maestros de la vida espiritual, fundadores de institutos religiosos, filósofos, científicos y literatos han alabado, de muy diversas maneras y en muy variados tonos, las excelencias del que consideraron dulce e inseparable compañero de las horas más intensas de su vida. Esa extraordinaria y frecuente aprobación debe contar con sólidos fundamentos teológicos, teóricos y prácticos, de lo contrario resultaría inexplicable, como hoy lo resulta para muchos por desconocer tales fundamentos. El objetivo de estas “reflexiones” es precisamente el de desentrañar el contenido de los mismos.

I.- PRESUPUESTOS TEOLÓGICOS DEL SANTO ROSARIO

Indudablemente, esos fundamentos existen. Si en el panorama de la tarea evangelizadora, a la que la Iglesia consagra todos sus esfuerzos y desvelos, el Rosario ocupa un puesto singular, ello se debe a varios motivos. Por de pronto, existen dos grandes verdades involucradas en la índole teológica de esta plegaria, que constituyen los presupuestos formales de su existencia. Debemos referirnos a ellas ante todo.

1.- La naturaleza “mística” de la Iglesia

La Iglesia es, como nos lo recuerda una vez más el Concilio (“Lumen Gentium”), un misterio: el del Cuerpo Místico de Cristo. Y tal es su naturaleza específica.

Pero se trata de un misterio al mismo tiempo visible e invisible. Con esto se quiere decir que ambas dimensiones, la visibilidad y la invisibilidad, son partes integrantes de un único y solo misterio. Expliquemos esto y veamos sus consecuencias.

Es posible que, al escuchar a san Pablo sus afirmaciones sobre la Iglesia, se hicieran los paganos esta primera pregunta: ¿Qué es esa iglesia, para que con tanta confianza y amor se pueda hablar así de ella? A esa pregunta intentó responder claramente el Apóstol. Últimamente hablamos todos con frecuencia de la “crisis de la Iglesia”; casi con seguridad no somos la única generación que ha usado esa fórmula. Pero, de tanto hacerlo, podemos caer en consideraciones meramente historicistas o sociológicas del fenómeno “Iglesia”. De los dos tipos de crisis posi-

² *Supremi Apostolatus* n° 1

³ Lc 18, 1

bles (de crecimiento y decrepitud) la Iglesia solamente puede conocer el primero, y tenemos poderosas razones para proclamarlo, y todas surgen de nuestra fe en ella. Es eternamente joven, fecunda y vigorosa: las crisis no pueden asustarla, ni debilitarla, ni corromperla. Podría pensarse que el fundamento de nuestra opinión es la experiencia histórica del pasado, ratificaciones experimentales de su inexplicable resistencia. Y es verdad. La historia confirma nuestra convicción, pero ésta no se apoya solamente en el pasado. Tenemos en cuenta también el futuro. La Iglesia, como Cristo mismo, se sitúan por encima del tiempo y del acontecimiento. Los creyentes nos confiamos sobre todo en la profecía de Cristo: “las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”, y en su consoladora promesa de “permanecer con ella hasta la consumación de los siglos”. Hoy quizás conocemos mejor su motivo profundo para formular tales profecía y promesa. Ese motivo es la realidad del misterio; no podrá encontrarse otro. En el Concilio Vaticano II la Iglesia, preocupada por manifestarse una vez más al mundo, redacta lo que podemos llamar una “profesión de fe en sí misma”: la constitución “Lumen Gentium”. En ella su primera afirmación, escandalosa para este mundo incrédulo, es atreverse a decir, sin retaceos ni temores: “Yo soy el misterio”.⁴ Esa es la raíz de su propia y única fuerza. Si esto se acepta, se acepta a la Iglesia; si esto se entiende, se entiende a la Iglesia. Si esto se rechaza, a Cristo se rechaza. No vale la pena seguir leyendo. Porque es la razón y el respaldo teológico de nuestra manera de considerar a la Iglesia, de nuestra confianza y de nuestro amor.

Y aunque la Iglesia sea también simultáneamente una sociedad humana visible, jerárquicamente constituida, incardinada en la historia de la humanidad, comprometida con los avatares y fragilidad de sus miembros, aun de los más encumbrados (principales y más frecuentes destinatarios de la censura de la sociedad circundante), no es principalmente eso. Primariamente es “el quasi sacramento de Cristo”, pues lo prolonga biológica-místicamente a través de los tiempos. Por esta estrecha relación con Cristo, único salvador y mediador, continuará siendo—pese a todos los obstáculos—el exclusivo instrumento válido de la salvación humana, imposible de lograr fuera de ella.⁵ Los medios más eficaces de que dispone para realizar su cometido (la salvación del mundo) son de carácter eminentemente sobrenatural proporcionados a su fin. Su energía primordial procede de la asistencia del Espíritu Santo, su alma, que le fue concedido el día de Pentecostés. Desde entonces, la Iglesia está permanentemente y de modo íntimo unida a ese Espíritu. Y Él es, ante todo, Espíritu de santificación (aspecto especialmente subrayado por la “Lumen Gentium”).⁶ Es el Espíritu Santo quien crea la “santa” Iglesia. No suprime toda tara de la Iglesia visible, ni torna impecables a sus miembros, ni siquiera a sus jefes, pero hace brotar un manantial: el torrente de la santidad corre como un río en medio de la Iglesia y cada cual puede escoger con Dios el medio preferido. Por eso hubo tantos y tan distintos santos y los seguirá habiendo, pese a todas las “crisis” de la Iglesia. Lo fundamental es sumergirse en la corriente.

La Iglesia, peregrinante por el camino de los Apóstoles, es el testigo de la obra divina. Testigo no es solamente el que ha visto o el que habla, sino aquel en quien se manifiesta la fuerza de Dios, garantía de su predicación. “Vais a recibir la fuerza del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, entonces seréis mis testigos”.⁷ Los Apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran fuerza.⁸ San Pablo añade bellamente: “El reino de Dios no consiste en palabras sino en fuerza”.⁹ ¿Qué fuerza y de quién? La predicación no consiste en “dis-

⁴ LG cap. 1

⁵ “*Extra Ecclesiam nulla salus*”. Esta antigua y célebre definición se aplica primariamente a la Iglesia como sociedad invisible (“el misterio del Cuerpo de Cristo”), secundariamente a la Iglesia como sociedad visible. Esta distinción, cuyo contenido es demasiado amplio para ser expuesto aquí, ahuyenta los resquemores provocados por un reduccionismo inexacto. Pero es en sí misma absolutamente indiscutible.

⁶ Cf cap. IV

⁷ Hechos 1, 8

⁸ *Ibidem* 4, 43

⁹ I Co 4, 20

cursos persuasivos de la sabiduría humana, sino en una demostración del Espíritu, a fin de que la fe se base no en la sabiduría de los hombres, sino en la fuerza de Dios”.¹⁰Rotundamente: “el Evangelio es la fuerza de Dios”.¹¹Es el Espíritu quien, por la Iglesia, insufla su fuerza en el mundo hasta sus confines geográficos e históricos “El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va”.¹²El Espíritu Santo lleva a la Iglesia. Su acción es misteriosa (“no sabemos de dónde viene”); también lo es su dirección (“ni adónde va”); pero inexorablemente la conduce bien a pesar de algunas apariencias, a pesar de los hombres. Creer en la Iglesia es creer en el Espíritu Santo quien—repito—es su alma. Todo consiste en ser capaces de “oír su voz”.

De esta espléndida enseñanza se siguen consecuencias no menos admirables, de orden especulativo y práctico. Aceptarlas por la fe supone, al mismo tiempo, reconocer que la eficacia de la actividad de la Iglesia surge—muchísimo más que de los elementos humanos indudablemente presentes—de la intimidad del misterio Trinitario manifestado a través de ella. El éxito de su ministerio no se respalda, ni primaria ni exclusivamente, en la coherencia de sus enseñanzas, la sabiduría y competencia de sus gobernantes, la aptitud o adaptabilidad de sus estructuras o su poder político de convocatoria. La Iglesia es ante todo el “Reino de Dios” que “no es de este mundo”. La Iglesia no sería lo que es, ni podría lo que puede, si se la despojara de la energía divina de la gracia de Dios, derramada en el mundo por su intermedio. La Biblia nos ofrece una bella metáfora para exponer este hecho; la gracia es para la Iglesia lo que su cabellera era para el juez de Israel Sansón: el secreto de su poder. Por eso la Iglesia es siempre sorpresiva; en las mismas circunstancias y parecidos problemas de la sociedad civil, sus soluciones son siempre atípicas e inesperadas.

Penetremos un poco más hondamente en la razón esencial de este prodigio. Antes afirmamos que no se puede separar en la Iglesia lo invisible y de lo visible, lo espiritual de lo jurídico. Debemos explicar por qué. Este “por qué” anima nuestra actitud de plena confianza ante la Iglesia. “La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”.¹³La palabra sacramento, de origen latino, es equivalente a la de μυστήριον (misterio), de origen griego. Hubo una época en la que los cristianos la usaron indistintamente para expresar la misma realidad; pero poco a poco se fueron separando sus significados y, hoy, el Concilio Vaticano II las separa definitivamente. Así misterio se utiliza para expresar la realidad íntima; sacramento, en cambio, es la manifestación sensible o empírica de dicha realidad.¹⁴Así, pues, cuando decimos que la Iglesia es sacramento queremos afirmar que la Iglesia visible es “signo” del misterio de la Iglesia.

No desearía pecar por excesiva abstracción, pero hay algo merecedor de un mayor interés por nuestra parte para captar de cerca el hilo de este discurso. La noción de sacramento, en la nueva ley, no es la de algo puramente significativo; todo verdadero sacramento implica una real eficacia: causa lo significado en virtud de la humanidad de Cristo, cuyo instrumento es. En este sentido, según lo enseñado desde el comienzo de la Iglesia y especificado sistemáticamente por santo Tomás, la humanidad de Cristo es el sacramento primero y fontal, origen y causa de toda verdadera sacramentalidad. Tocamos aquí el misterio mismo de la Encarnación. El Verbo hecho hombre manifiesta visiblemente a Dios, es el “signo” o sacramento de Dios. “El que a mí me ve, ve al Padre”.¹⁵Cristo, visible a los ojos de los Apóstoles, manifestaba al Padre invisible. Y esa humanidad suya, convertida en instrumento del Verbo, contenía una inefable e infalible eficacia redentora en la Persona del Hijo de Dios. A pesar de las débiles apariencias del signo de

¹⁰ *Ibidem* 2, 4-5

¹¹ *Rm* 1, 6

¹² *Jn* 3, 8

¹³ *Lumen Gentium*, nº 1

¹⁴ Cf LUCIO GERA, “El misterio de la Iglesia”. Comentarios a la *Lumen Gentium*, revista *Teología*, III, 2, n17, p. 160

¹⁵ *Jn* 14, 7

la humanidad, Dios obraba en ella. Indudablemente la Encarnación entrañaba un riesgo: el de no aceptar a ese hombre como Dios, poseedor del poder de Dios, de “todo poder en el cielo y en la tierra”.¹⁶ El riesgo existe de negarse a creer en Él. Y eso efectivamente sucedió. Primero lo negó el mundo, su enemigo, juzgado ya “por no haber creído en Él”.¹⁷ Pero tampoco sus discípulos llegaban a reconocerlo del todo: “¡Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, y todavía no me conocéis!”¹⁸ Esa incredulidad aún perdura.

Ahora bien, como Cristo es el sacramento del Padre, la Iglesia es como un sacramento de Cristo, lo prolonga en la historia. Quien ve a la Iglesia, ve a Cristo. Ella, visible a los ojos de todas las naciones, expresa y significa a Cristo invisible después de la Ascensión. Y, así como la humanidad pudo empañar a la vista de muchos la divinidad de Cristo, así lo visible y lo jurídico de la Iglesia pueden empañar a la vista de la sociedad humana la realidad del misterio por ella significado.

No debemos extrañarnos de que algunos, mirando la Iglesia, no vean a Cristo. Muchas clases de pantallas pueden interponerse entre ella y Él. Pero ni el éxito ni el fracaso de las distintas generaciones componentes del entramado histórico de la Iglesia visible, pueden perfeccionar o comprometer su realidad “mística”. Dichas generaciones pueden encarnar de manera diversa, más o menos fiel, el ideal propuesto por Cristo y, de hecho así ha acontecido. Mas ello es sólo la comprobación empírica de la mayor o menor estatura moral y espiritual alcanzada por los hombres y mujeres que, en las diferentes épocas, han conformado o conducido la grey por Él reunida. La Iglesia contemporánea ha tenido la valentía y la humildad de pedir perdón por los errores del pasado. Y tal actitud sólo es verdaderamente posible en la Iglesia. ¿Por qué? Porque la Iglesia, misterio invisible, está más allá del éxito y los desaciertos de la Iglesia sociedad visible, si estos se entienden en un sentido meramente temporal. Por eso mismo es inmune al fracaso de los hombres. Observemos el siguiente hecho: el Espíritu Santo que —según señalé antes— crea la “santa” Iglesia, crea antes la “Iglesia”: convierte el cuerpo en un cuerpo organizado, en un cuerpo con alma, provoca sus funciones, establece una subordinación de partes, hace circular por ese cuerpo un influjo unitario de gobierno o —según el término profundo de la teología— el Orden sagrado. La elección de Matías sirve de signo inmediato a ese papel del Espíritu: la Jerarquía es sólo su manifestación. Dios otorga una gracia social, un don colectivo, del cual emana una muchedumbre de otros dones.

Cuando el misterio de la Iglesia es aceptado, creído y vivido tal cual es por una determinada generación, entonces la Iglesia visible acrecienta sus filas, incrementa sus aciertos, fortalece su testimonio y lo torna eficaz, aumenta su prestigio ante el mundo. Pero si otra generación lo olvida y lo traiciona, entonces se esteriliza y se vuelve inoperante, abrumándose internamente con divisiones y enfrentamientos doctrinales. Cuando los mismos pastores han confiado en la Iglesia sólo a causa de sus fuertes estructuras político-sociales, de su bien cimentada organización, o de su poderío económico, olvidando que sin el Espíritu “nada es posible hacer”, entonces se ha asistido a lamentables desastres morales, relajaciones y escándalos de toda índole. O la Iglesia visible, como su parte integrante, es “auténtico signo sensible” del Misterio invisible y gestora de la santidad de sus miembros, o esa generación fracasa irremediablemente, arrastrando consigo a muchos en su ruina. Dios substituye esa generación por otra más fiel. ¿O no leemos, acaso, lecciones así en la historia? No sería de ningún modo necesario, ni conveniente recurrir a las protestas de los heresiarcas. Bastaría leer los escritos de grandes místicos canonizados por la Iglesia como —para poner un sólo ejemplo— “El Diálogo” de santa Catalina de Siena.

La Iglesia peregrina recorre su sempiterno itinerario, ardua y fatigosamente, pasando por altas cumbres y profundas hondonadas, es decir, por variados matices de fidelidad o de

¹⁶ Mt 9, 6

¹⁷ Jn 16, 9

¹⁸ Ib 14, 9

infidelidad a la vocación común, al llamado de su Señor, que diferencian entre sí a los cristianos.

Mas, la vida mística comunicada a sus fieles por los sacramentos no disminuye ni pierde energías. El sol se va apagando, pero pasarán millones de milenios para que se apague del todo. El *radium* va perdiendo energías, pero pasarán miles de milenios antes que se desgaste del todo. ¿Podemos imaginar el agotamiento de la Iglesia, cuando la sabemos animada por el Espíritu de Dios autor del sol y del *radium*? Cristo, cabeza de su Iglesia, vive en ella y en ella mantiene su infinita eficacia. Son significativas las palabras pronunciadas por Él al curar a la hemorroisa: “Alguno me ha tocado, porque yo he sentido que una virtud ha salido de mí”.¹⁹ Cristo resucitado y sentado a la derecha del Padre, ¿tendrá menos virtud ahora que cuando curó a esa enferma? Tratemos de descubrir las implicancias prácticas de esta colosal verdad. Creer en la Iglesia es aceptar a Cristo; confiar en ella y amarla, es confiar en Él y amarlo.

En todas las épocas de la vida de la Iglesia han existido santos y pecadores; en algunas prevalecen los primeros y en la mayor parte de las otras los segundos. Se ha de reconocer, empero, que en todas ellas el Supremo Magisterio de la Iglesia ha permanecido adherido a esta realidad mística, otorgando siempre prevalencia al influjo sobrenatural de la gracia y de la oración por sobre el kerigma o anuncio de la salvación en sus múltiples y variadas expresiones. Y ello sucedió invariablemente, aun cuando quienes la enseñaron no hubiesen vivido en consonancia con la verdad predicada, ni la ejemplificaran con su vida.

La encíclica “*Supremi Apostolatus*” es sólo una muestra de esa perenne realidad; fue promulgada, como otras similares, en un momento caracterizado por ser uno de los culminantes de la fidelidad a la misión encomendada por Cristo a sus Vicarios. Ciertamente no se trata de una doctrina nueva. Pero nunca la Iglesia ha enseñado “novedades”. No hace más que reiterar, subrayar, custodiar, definir cada vez con mayor claridad la doctrina que le ha legado su Señor. Pero lo novedoso de una enseñanza del Magisterio—se me ocurre pensar—reside en la oportunidad de su formulación. Esta encíclica constituye una fuerte sacudida para la conciencia moral de la cristiandad. Quizás con más elocuencia que las palabras hablan los gestos y las actitudes de los Pontífices Romanos. Como aquel de S.S. Pío XI quien, deseando proponer otro patrono de las misiones católicas—dimensión particularmente relevante del ministerio de la palabra entre los pueblos todavía sumergidos en las sombras del paganismo—colocó, al flanco del gran evangelizador de oriente, san Francisco Javier, a una humilde religiosa de clausura, jamás salida del perímetro de su pequeño monasterio y casi totalmente desconocida por el mundo, la monja carmelita descalza santa Teresita del Niño Jesús (de Lisieux). Quiso el Papa juntar al fogoso heraldo con la mansa contemplativa, el silencio fecundo con la palabra transformadora. ¿Cuál de las dos cosas es más necesaria y eficaz? “Ambas deben ir inseparablemente unidas”, se me podría responder. Y es verdad. Eso me hacer recordar la enseñanza de santo Tomás sobre la vida apostólica: si no brota de la abundancia de la contemplación, escasamente sirve. El Angélico no hace más que explicitar el texto del Evangelio: “de la abundancia del corazón, habla la boca”. Ésta sola poco dice y convence menos. La intención del Sumo Pontífice aparece claramente: demostrar que la Iglesia—Misterio invisible manifestado por signos sensibles— confía principalmente en el poder de la plegaria, su arma más poderosa, el medio más apto para conquistar su fin. El “*euntes docete omnes gentes*” está subordinado, para lograr eficacia, al “*oportet semper orare*”.

Esta es la primera verdad teológica supuesta en el rezo constante del santo Rosario. La encíclica “*Supremi Apostolatus*” no es una exageración; es la traducción del genuino sentir de la auténtica Iglesia de Cristo, la salvadora del hombre, la que lo libera a través de caminos por él desconocidos, ininteligibles e insospechados. ¡Cuánto ha costado siempre, pero cuanto cuesta sobre todo hoy, aceptar esta verdad! La tentación de la eficacia inmediata y de la transformación

¹⁹ Lc8, 43 sgts.

meramente social, ha amenazado endémicamente a los cristianos. En medio de estas convicciones, el poder maravilloso del santo Rosario no podrá ser descubierto.

2.- La razón de ser de la devoción mariana

El santo Rosario es una oración que invoca la poderosa intercesión de la Santísima Virgen María. Por esta razón, suele denominarse “netamente mariana”, y, tal vez, se podría añadir “mariana por excelencia”. Pero se ha de añadir de inmediato que el santo Rosario no tiene por objeto primario—al revés de un parecer muy generalizado—el culto a María. El Primer y Supremo destinatario de esa plegaria es Cristo, Hombre-Dios. Por su íntima estructura el Rosario está destinado a inculcar en el corazón del creyente, un conocimiento más profundo, es decir, una fe más intensa y una confianza más deslumbrante en el “Único Mediador”, el Redentor por antonomasia, el exclusivo camino de salvación. Por su contenido dogmático y su estilo litúrgico gira incesantemente en torno al misterio de la Encarnación y de la Redención. ¿Por qué, entonces, llamarlo “devoción mariana”? Porque está teológicamente anclado en el papel desempeñado por María en la historia de la Salvación, sobre todo en sus privilegios de Corredención y de Mediación. Se invoca intermitentemente a María en el rezo del Rosario, claro está; pero se la invoca como intercesora, se asocia su poderosa oración (“omnipotencia suplicante”) a la de los pobres e indignos pecadores: el santo Rosario es la plegaria de los cristianos, junto con María, a Cristo el Señor. No podría ser de otro modo. Tal debe ser la característica de toda invocación, incluyendo la de la Santísima Virgen. Pero en el santo Rosario se practica de una manera especial. En él, cabe a nosotros, es Ella quien implora a su Hijo por nosotros, escuchando nuestro llamado de auxilio.

Pero, ¿por qué acudir a Ella? María ha participado íntima y estrechamente en el misterio de la Encarnación del Verbo y en la Pasión redentora del género humano. “En el mismo decreto eterno—recuerda el beato Pío IX en la Bula de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción—por el que el Padre decide la Encarnación de su Hijo decide al mismo tiempo la maternidad divina de María”. De este modo, y en consonancia con una doctrina llegada desde lo más hondo de la Tradición, creemos y proclamamos que la gracia de la Maternidad Divina—la mayor concedida por Dios a una pura creatura— se entronca, por asimilación, al misterio de la Unión Hipostática, gratuitamente concedida a la humanidad de Cristo.

María no interviene sólo instrumentalmente en la efectivización ontológica de este misterio, también representa un papel en el dinamismo de la obra de Cristo, el de las operaciones y méritos. Ofreciendo la Víctima divina, fruto de sus entrañas, e inmoldándose con Ella, María, ya colaboradora por gracia en la Encarnación del Verbo, se convierte ahora, por su entrega, en instrumento asociado al efecto de esa realidad, la Redención del género humano. Es muy sugestiva la presentación de María en el Evangelio al lado de la cruz en actitud hierática: “*stabat Mater Eius*”. No está postrada, aunque el dolor la destruya, sino de pie. Martirizado su corazón, su mente, sin embargo, se mantiene consciente de la necesaria inmolación. Y se entrega totalmente en su generosa donación, libre en su oblación. Recordaría con toda certeza la profecía del santo anciano Simeón: “una espada atravesará tu alma”.²⁰ Ella lo sabía ya, pero es consecuente hasta el calvario con el compromiso contraído en la Anunciación: “Hágase en mí según tu palabra”.²¹ Se cumplió en ella la voluntad de Dios desde el momento de la gestación de la humanidad de Cristo²² hasta la aflicción de su corazón maternal ante el cruento holocausto redentor de su divino

²⁰ Lc 2, 35

²¹ Ib 1, 38

²² ¡Qué grande, qué profunda enseñanza contiene la escena de la visita de María a su prima Isabel! Un feto de seis meses de vida da saltos de gozo en el seno de su madre por la cercanía del Verbo encarnado en un embrión humano de pocos días (probablemente aún no anidado): “¿De dónde que la madre de mi Señor venga a mí? Porque así como sonó la voz de tu salutación en mis oídos, saltó de gozo el niño en mi seno. Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor”. (Lc 1, 43-45). La madre Teresa de Calcuta, al hablar en contra del crimen por aborto, solía hacer alusión a este texto.

Hijo. La dulce y serena doncella de Nazaret es ahora “la madre que está de pie” en la cumbre del Gólgota, al lado de la cruz de su Jesús cual sacerdote concelebrante que ofrece, unido al Sumo y Eterno sacerdote, el sacrificio de infinita eficacia, cuyos frutos es la primera en recibir, comprender y aceptar. Dicho privilegio, exclusivamente suyo, no se le puede sustraer o negar. Añade a su Maternidad Divina —al menos según la teología que profeso— aquellas dos gracias antes mencionadas.

María corredime al mundo con Cristo. Sin lugar a dudas se trata de una acción totalmente subordinada, surgida no de un mérito “de condigno” o de estricta justicia, como el de Cristo, sino de un mérito meramente “de congruo” o de beneficio.²³ De todas maneras, no se puede dejar de reconocer su participación en el sacrificio de su Hijo y en su finalidad. Además, si por ella Él vino a nosotros y ella junto a él se ofreció por nosotros, ¿qué tiene de ilógico afirmar que por ella Él sigue viniendo a nosotros y nosotros yendo hacia Él? Ninguno de estos dos privilegios, ni la Corredención ni la Mediación, es todavía dogma de fe. ¿Podrían llegar a serlo un día? Personalmente me inclino por una respuesta afirmativa. Se trata de verdades contenidas en la Tradición de modo expreso, formal y constante. La antigua terminología escolástica las denominaba “verdades próximas a la fe”, por lo cual negarlas es cometer un error “próximo a la herejía”. El Concilio Vaticano II, si bien emplea el término “Medianera” en sustitución del de “Mediadora” (usado desde muy antiguo tiempo), para hacer comprender la distancia infinita entre la Mediación del Salvador y la suya, ha confirmado la creencia en este privilegio mariano. Semánticamente el matiz que separa ambos vocablos es muy tenue; lo importante es la intención del Concilio.

Por María nos llega toda gracia relativa a la salvación, de manera análoga a como, a través de ella, nos vino la Salvación misma. De igual forma, por María llegan a Cristo y a Dios nuestras alabanzas, peticiones y méritos. Jamás debemos “pedir” algo a María, con excepción de que interceda por nosotros ante Aquel “de quien procede todo don perfecto”. Esa intercesión, brotada de sus labios, tiene ante su Hijo un poder prodigioso desde el momento que decidió su maternidad espiritual sobre nosotros. En efecto, es muy generalizada entre los Padres de la Iglesia esta interpretación de las palabras de Jesús en la cruz durante los desgarradores momentos de su agonía: nos deja en herencia a su propia madre. Todas las palabras de Cristo, enseñan los buenos teólogos, son sacramentales, es decir, causan lo significado por ellas. Cuando el Señor, dirigiéndose a María y a Juan les dice: “Mujer he ahí a tu hijo, hijo he ahí a tu madre”, causó realmente la maternidad de María sobre Juan (y en él sobre toda la Iglesia y sobre toda la humanidad). “Mujer” la denomina primero, para luego llamarla “Madre”, queriendo manifestar claramente que, siendo la mujer por antonomasia —la “nueva Eva”—, es también “madre por antonomasia”. Así como Eva fue la madre de todos los vivientes por la naturaleza, de manera análoga María es la madre de todos los vivientes por la gracia. ¿No podrían aplicarse aquí también las palabras de san Pablo: “Allí donde abundó el pecado sobreabundó la gracia”?²⁴ Inmensamente superior a la maternidad biológica de Eva es la maternidad espiritual de María. De la misma manera y en los mismos grados en que los hombres pertenecen al Cuerpo Místico de Cristo se hallan, simultáneamente, bajo la protección maternal de María, madre del Cuerpo Verdadero y del Cuerpo Místico de Cristo.

La Iglesia de los creyentes, vale decir, la Iglesia militante, reconociendo el papel desempeñado por María en toda la economía de la salvación, pregona su Mediación universal y la invoca en su liturgia de acuerdo con ese reconocido privilegio. “Madre de la Iglesia” María es, por tanto, madre de todos los que ya pertenecen a la Iglesia y de los llamados a pertenecerle. Es el “Icono” (imagen) escatológico de la Iglesia. Es madre, como la Iglesia, no sólo en virtud de un título honorífico y glorioso que la colocaría en un pedestal o trono inaccesible, sino para servir-

²³ Algunos teólogos españoles del siglo pasado (Sacras, Llamera) han hablado audazmente de un mérito “de condigno por condignidad”. Expresión que no es el momento de explicar.

²⁴ Rm 5

nos de llamada, de ejemplo y de ayuda. El ser madre no es un mero título, es una función. Ser madre significa ser capaz de despertar la vida, de engendrar hijos parecidos a ella.

He aquí otra de las premisas teológicas supuestas en el santo Rosario, en cuanto devoción mariana y en cuanto plegaria. En él se clama por la intercesión de la Madre, cuya súplica es omnipotente merced a su asociación a la obra salvadora de su divino Hijo, de la mujer administradora de los bienes sobrenaturales destinados a los hombres. María Santísima, adquirida esa función maternal por los méritos de su humilde correspondencia a la gracia, ejerce con cuidado la defensa de sus hijos que la invocan por medio del santo Rosario. Esa sencilla, simple, fácil, modesta y aparentemente frágil plegaria posee todo el vigor, toda la energía y todo el poder de aquella a quien se aplica la frase de la Sagrada Escritura: “es más fuerte que un ejército formado en línea de batalla”. La confianza sin límites manifestada por la Iglesia Docente en la eficacia y en la fuerza de esta oración aparece ahora sólidamente justificada.

3.- ¿Sigue teniendo vigencia el santo Rosario?

Después de todo lo anteriormente expuesto parecería innecesario responder directamente a esta pregunta. Sin embargo, podemos comprobar hoy en muchos cristianos, especialmente sacerdotes y religiosos, cierta incredulidad respecto a la eficacia, utilidad y conveniencia de esta oración: incredulidad expresada, a veces, con palabras y gestos de un injusto desdén. En unos se trata sólo de indiferencia o apatía; en otros de positivo repudio. Aunque los Papas continúan recomendándolo, el Rosario ya no parece gozar de la simpatía que se le brindaba en otras épocas. Ya no se lo reza con la misma frecuencia y fervor; hay iglesias de donde ha desaparecido la recitación diaria vespertina del Rosario con participación de la feligresía, antaño costumbre universal y cuidadosamente observada; hay comunidades religiosas preocupadas por multiplicar hasta el infinito sus reuniones y encuentros por los motivos más banales, pero nunca se juntan —ni siquiera con ocasión de acontecimientos fuertes, como los retiros espirituales— para recitarlo en común. He oído a sacerdotes y religiosos, ufanos en considerarse teólogos modernizados, mofarse irrespetuosamente de esta humilde plegaria y de los humildes hombres y mujeres todavía fieles a ella. Laicos comprometidos hay que ni siquiera saben cómo se reza. La misma Orden de Predicadores en algunos sitios, ya no parece considerarse contenta porque el santo Rosario haya surgido de su seno y de su legendaria devoción por la Madre de Dios. “*Filii matris meae pugnaverunt contra me*”,²⁵ podría decir el pobre olvidado y arrinconado santo Rosario.

Se le achaca ser una oración “sumamente aburrida”, “demasiado reiterativa o repetitiva”, “rutinaria”, y no falta quien agregue “mojigata”. Me pregunto, frente a todo este conjunto de adjetivos, si lo que está realmente en crisis es el rezo del santo Rosario por su esquemática modalidad, o la doctrina sobre la necesidad de la oración. ¿No será que lo que aburre es orar, cualquiera sea la forma empleada? ¿No se estará poniendo en tela de juicio la misma devoción por María? ¿No serán todos esos, signos del gran debilitamiento de la fe en la función de María dentro del misterio de la salvación? ¿Es inimaginable hoy un titubeo de la fe de muchos en la identidad sobrenatural de la Iglesia? No me atrevería a asegurar que todos estos interrogantes son infundados y es ilícito formularlos.

La oración es necesaria y conveniente. Esta verdad, enseñada por el Evangelio, no ha sido aceptada y comprendida de igual manera en todos los tiempos. Otrora, cuando los peligros y las dificultades arreciaban, los cristianos solían descubrir mejor cuán imprescindible es la plegaria y vigoroso su poder. Por eso es muy extraño que, en una época como la nuestra, cuando las instancias de la vida interior deberían ser experimentadas como más urgentes e imperiosas, por cuanto los riesgos de eterna condenación son más frecuentes y amenazantes, las prácticas piadosas hayan sido desconocidas y, en la práctica, abandonadas.

²⁵ “Los hijos de mi madre lucharon contra mí”

Existen hoy religiosos y sacerdotes que han llegado al extremo de abandonar la oración. ¿Cómo explicar este fenómeno? Aunque es sumamente difícil, sin embargo intentaré describir algunos motivos.

Tal vez se ha vivido, durante años de un formulismo más o menos voluntario, y viene ahora una reacción de autenticidad. Alguien, por ejemplo, había confundido la oración con los ejercicios de piedad. Un buen día se percata de que se ha estado equivocando al recitar fórmulas que nada le decían al corazón, y de que su papel ha sido el de un mero “ejecutante”. Sometido a examen el asunto, llega a descubrir la oración auténtica y experimenta tal hastío por lo que ha venido haciendo, que decide abandonar la oración.

Es un modo de reaccionar lamentable pero auténtico. Tal ocurre a menudo en el matrimonio: el marido abraza a su joven esposa y le susurra al oído: “¡Eres adorable. Te quiero con locura!”. Pero, al cabo de cierto tiempo, se da cuenta de que su mujer no es tan interesante como parecía, y se dice: “Está visto: no la quiero. Sé que obro mal al no quererla, pero va a ser todavía peor no quererla y asegurarle encima que la quiero. Lo de «cuéntame otra vez tus embustes» lo encuentro gracioso, pero utilizarlo yo como etiqueta de auténtica solución en mi vida me parece ridículo”.

Tal razonamiento, aunque expresado así en tono humorístico, podría muy bien explicar el comportamiento de ciertos cristianos que se retiran de la oración porque “no quieren vivir de formalismos”. Lo malo es que pasan de una situación falsa a otra negativa. Puestos a elegir entre la solución adoptada por ellos o la de perseverar en una oración engañosa, yo me inclinaría por la primera. Felizmente, hay otras soluciones.

Pero también se debe reconocer que sucede algo de ilógico e incierto origen. ¿Sería teológicamente inaceptable suponer que el concepto sobre el anacronismo del santo Rosario tiene una génesis demoníaca? Pablo VI no dudó en afirmar: “el humo de Satanás ha invadido la Iglesia”. Como teólogo creo en el interés del diablo por lograr de los cristianos el abandono de la oración, y en especial del rezo del Rosario. El demonio odia al hombre, envidia su posibilidad de salvarse y quisiera verlo condenado junto a él. Jesús dijo a sus discípulos: “ante todo cuidaos del diablo, porque desde el principio es homicida”. El éxito mayor del demonio —se me ocurre pensar— es haber convencido a nuestros contemporáneos de que él no existe, que es sólo la representación —muy probablemente morbosa— del mito del mal presente en el mundo. De esta manera logra sorprender más desprevenidas e inermes a sus víctimas. Su odio por el santo Rosario me parece lógico pues, al recitarlo, los hombres acatan el consejo de san Pedro: “Estad alertas y velad, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quien devorar, al cual resistiréis firmes en la fe”.²⁶ ¿Se atreverá alguien a considerar “teológicamente infundadas” estas palabras del Apóstol?

II.- NATURALEZA TEOLOGAL DEL SANTO ROSARIO

Expuestos ya sus fundamentos teológicos, conviene ahora reflexionar sobre su naturaleza teologal, y quizás podamos poner el acento sobre algunos de sus elementos específicos generalmente desconocidos, pero muy dignos de ser tenidos en cuenta.

1.- El santo Rosario y los modos de orar

Ante todo es menester considerar las características propias del Rosario en cuanto oración. Ésta es definida por los teólogos como “la elevación de la mente a Dios”,²⁷ y constituye una imprescindible necesidad de la vida humana. Se puede vivir sin orar, porque la vida física no depende de la plegaria; pero la dimensión espiritual y moral del hombre permanece anquilosada e inútil sin ella. En efecto, la oración es uno de los actos más importantes de la virtud de la religión, parte potencial de la justicia consistente en rendirle a Dios el culto debido. La oración, como todos los actos de la religión, es obligatoria por precepto de la ley natural, al que se añade

²⁶ I P 5, 8-9

²⁷ II-II, 83, 1, 2m

un precepto positivo divino, claramente enseñado por Jesús.²⁸ Puede cumplirse ese precepto de diversas maneras y en distintos grados o niveles. Existe la oración del espíritu solo, y la del espíritu a través del cuerpo. La del espíritu, como es lógico, se formula con la mente y el corazón (inteligencia y voluntad); la del cuerpo, convertido en instrumento del espíritu, se expresa por él todo, pero, principalmente con los labios, es decir, con el medio más eficaz de comunicación humana: el lenguaje.

Sea que elevemos nuestra mente y nuestro corazón a Dios en el espíritu, sea que le alabemos, le demos gracias o le imploremos con la voz y los ritos corporales, siempre hacemos oración. Por cierto, debe darse íntima conexión entre el espíritu y el cuerpo, a fin de que el lenguaje corporal adquiriera una razón de ser. Esto es común a toda actividad propiamente humana, de lo contrario podría suponerse una dicotomía entre el cuerpo y el espíritu totalmente absurda. Cuerpo y espíritu están unidos por un estrecho vínculo substancial. El hombre no es ni puro espíritu, ni pura materia; espíritu y cuerpo deben operar armónicamente. No bien se intente separarlos, en el ser o en la operación, se pretenderá suprimir al hombre. Lógicamente es siempre primordial lo correspondiente al espíritu; pero el cuerpo es el ineludible vehículo para la manifestación de la riqueza del espíritu. Nadie podría comunicar a otro el contenido de la expresión “Te amo”, si ella no estuviera acompañada por algún signo que la pregone. Lo que acontece es nuestras relaciones con los demás sucede también, análogamente, en nuestras relaciones con Dios. Y si bien Él es el único competente para leer el interior de nuestro espíritu (lo cual explica la posibilidad de una oración solamente mental) se hace, sin embargo, necesario exteriorizar en algún momento el contenido del alma. “Por los signos exteriores de palabra y de gestos, se mueve la mente del hombre en orden al conocimiento, y, por ende, también en orden al afecto... La oración vocal es para cumplir un deber de justicia, como es servir a Dios con todo lo que nos dio, es decir, con la mente y con el cuerpo... y debe ser la redundancia del afecto vehemente del alma en el cuerpo”.²⁹ No se ha de aceptar sólo la conveniencia de la contemplación y de la oración mental, sino también de la vocal, como su expresión litúrgica. Nunca una verdadera oración será solamente vocal, como no sería verdadero el amor si fuese proclamado con los labios pero no sentido por el corazón. Pero tampoco se pueden excluir las palabras y los gestos corporales, porque Dios debe ser adorado con todo el ser, alma y cuerpo.

Si se afirma la conveniencia del Rosario como plegaria es porque ha conseguido conjugar ambos aspectos de la oración de una manera armónica y concreta, fácil y sencilla. No se trata sólo ni principalmente de una oración vocal; el Rosario es, por encima de todo una oración eminentemente contemplativa, acompañada por la voz y las expresiones externas. No está compuesta únicamente de Padrenuestros, Avemarías y Glorias, sino, ante todo, de “misterios”. El santo Rosario, para ser bien rezado, exige la consideración o meditación de las principales etapas de la historia de la Salvación, aquellas que tienen como protagonista y figura central al Salvador, y a María como su portavoz. El santo Rosario, mediante la contemplación de esos misterios, permite profundizar el ser de Cristo y compenetrarnos de él. Si se lo convirtiera en una oración puramente vocal —el hecho es posible— se lo habría despojado de su esencia teológica y habría dejado de ser eficaz, al menos en gran medida. Aquí es donde su ubica —creo yo— el gran malentendido de nuestros días. Si se afirma que es una oración “monótona”, “reiterativa” y “aburrida” es porque se ha hecho hincapié sólo en su forma exterior de oración vocal y no se lo ha comprendido en su íntima naturaleza. Sin la contemplación de los misterios, el Rosario se convierte en un recitado sin alma. ¿Puede pensarse que los misterios de la Encarnación y de la Redención y sus maravillosos pasajes son aburridos? ¿Puede agotar alguna inteligencia humana su contenido? Para quien la recitación del verdadero Rosario resulta aburrida, una luz de alarma debería encenderse en su mente. Rezando el Rosario se pone en práctica un principio elemental tan antiguo (¡y tan rico!) como el cristianismo mismo: “Lo que en el corazón

²⁸ Lc 18, 1-8; cf Lc 11, 1, 13; Mt 7, 7-11

²⁹ II-II, 83, 12

creemos, con la boca proclamamos". Las Avemarías y los Padrenuestros, repetidos incesantemente por nuestros labios, quieren ser una continua profesión de fe de lo rumiado por nuestro corazón.

2.- El santo Rosario y la supremacía de la contemplación

Cuanto acabamos de decir es tan importante que debemos insistir. El Rosario responde a una concepción teológica muy precisa de las relaciones entre contemplación y acción. Para algunos la acción es todo; a tal punto que quieren convertirla en oración. No habría lugar en esta concepción para una plegaria buscada por sí misma; ella sería buena sólo si emana de la acción y se halla comprometida con ésta. Es un error grave, conducente a la destrucción total de la vida interior. En esta perspectiva el Rosario no puede ser comprendido, es inútil y se presenta desencarnado de la realidad.

Pero, en verdad, el Rosario nace de un presupuesto teológico completamente distinto. Tiene como fuente de inspiración el mismo espíritu que dio origen a la Suma Teológica. Esto es muy significativo y debe ser tenido en cuenta para valorarlo correctamente. El supuesto teológico mencionado se resume en la siguiente frase: "*majus est contemplata aliis tradere, quam solum contemplari*".³⁰ El Rosario, como oración eminentemente contemplativa, no tiende, sin embargo, al solo enriquecimiento espiritual de la vida interior; su dimensión contemplativa es el fermento y la nutrición de una vida cristiana comprometida, de una u otra manera, en la actividad apostólica. Pero aquí la acción nace de la contemplación y no al revés, como pretende indebidamente la propuesta antes mencionada. Una acción no nacida del fuego interior de la plegaria es una pobre acción. Por ello el Rosario, desde sus comienzos, no ha sido únicamente contemplación sino, además y secundariamente "un lugar de predicación". El mismo León XIII, en la encíclica ya citada, escribe: "Contra terribles enemigos, Dios suscitó en su misericordia al insigne Padre y Fundador de la Orden de Predicadores. Éste héroe, grande por la integridad de su doctrina, por el ejemplo de sus virtudes y por sus trabajos apostólicos, se esforzó en pelear contra los enemigos de la Iglesia católica, no con la fuerza ni con las armas, sino con la más acendrada fe en la devoción del santo Rosario, que él fue el primero en proponer, y que sus hijos han llevado a los cuatro ángulos del mundo. Preveía, en efecto, por inspiración divina, que esa devoción pondría en fuga, como poderosa máquina de guerra, a los enemigos, y confundiría su audacia y su loca impiedad. Así lo justificaron los hechos. Gracias a ese modo de orar, aceptado, regulado y puesto en práctica por la Orden de Santo Domingo, principiaron a arraigarse la piedad, la fe y la concordia, y quedaron destruidos los proyectos y artificios de los herejes, muchos extraviados volvieron al recto camino y el fervor de los impíos fue frenado con las armas católicas empeñadas para resistirle".³¹ Afirmar el origen dominicano de esta plegaria no es atribuirle exclusividad a la Orden de Predicadores sobre ello, pero sirve para comprender cuál es su estilo y contenido, cómo debe ser pensada y vivida.

La vida contemplativa en sí misma (*secundum se*) es superior a la vida activa, pero a veces se ha de preferir lo práctico por las necesidades de la vida presente.³² Santo Tomás enumera las ocho razones expuestas por Aristóteles para demostrar la superioridad de la contemplación (especulación) sobre la acción.³³ Son las siguientes:

"Primero, porque la vida contemplativa conviene al hombre por razón de lo que hay en él de más excelente..., a saber: por razón del entendimiento, y respecto a los objetos propios, como son las cosas inteligibles."³⁴

³⁰ II-II, 188, 6

³¹ *Supremi Apostolatus*, n° 2

³² Santo Tomás, para afirmar esto, se basa ante todo en el texto de Lc 10, 42

³³ En la *Ética*, L. X, n° 12 (Bk 116b12). En realidad, Aristóteles habla de la especulación. Santo Tomás lo aplica al concepto cristiano de contemplación.

³⁴ 1177a19 y siguientes.

Segundo, porque la vida contemplativa puede ser más continua, aunque no siempre en el grado más elevado de contemplación... Por eso María (de Betania), símbolo de la vida contemplativa, nos es presentada «continuamente a los pies del Señor».

Tercero, porque es mayor el deleite de la vida contemplativa que el de la vida activa. Y así, dice san Agustín: «Marta se turbaba, María se deleitaba»

Cuarto, porque en la vida contemplativa el hombre se basta mejor a sí mismo, puesto que muy pocas cosas son necesarias. Por eso dice el Señor: «Marta, te inquietas y te turbas por muchas cosas».

Quinto, porque la vida contemplativa se busca por sí misma, mientras que la vida activa se ordena a otra cosa...

Sexto, porque la vida contemplativa consiste en cierto descanso y reposo...

Séptimo, porque el objeto de la vida contemplativa es algo divino; el de la activa, algo humano. Así dice san Agustín: «En el principio era el Verbo: he aquí a quien oía María; El Verbo se hizo carne: he aquí a quien servía Marta».

Octavo, en la vida contemplativa se halla comprometido el entendimiento, lo más propio del hombre; en cambio, en los actos de la vida activa toman parte también las energías inferiores, comunes a nosotros y a los animales...

Cristo —añade el Angélico— agrega un argumento más cuando dice: «María escogió la mejor parte que no le será arrebatada». Palabras que comenta así san Agustín: «No has escogido tú un mal partido, pero ella escogió uno mejor. Oye por qué mejor: porque no le será arrebatado. Tú un día serás liberada del peso de la necesidad; en cambio es eterna la dulzura de la verdad»³⁵.

Algunas veces los contemplativos deben abandonar la contemplación, para dedicarse a la acción por las necesidades de la vida; pero tal cosa no debe hacerse con substracción de la primera, sino sólo por adición de la segunda.³⁶

El mérito es efecto de la caridad, y la caridad para con Dios precede a la caridad para con el prójimo. La contemplación “per se et immediate” (de suyo e inmediatamente) pertenece a la caridad para con Dios y la acción a la caridad para con el prójimo. Absolutamente hablando, pues, por parte de la obra (“ex genere operis”) la vida contemplativa posee un mérito mayor. Sin embargo, por parte de quien obra (“ex parte operantis”), puede suceder lo contrario, o sea, “Puede darse el caso de uno que merezca más dedicado a las obras de la vida activa que otro consagrado a las de la vida contemplativa. Por ejemplo, si por su gran amor a Dios consiente en abandonar por algún tiempo las dulzuras de la contemplación para que se cumpla la voluntad de Dios y por su mayor gloria. Y así dice el Apóstol: «Deseaba yo mismo ser anatema de Cristo en favor de mis hermanos»;³⁷ al exponer lo cual dice san Juan Crisóstomo: «de tal modo el amor de Cristo había empapado su alma, que abandonaba lo que por encima de todo más amaba, es decir, estar con Cristo, con tal de agradarle así»³⁸. Es una doctrina verdaderamente sensata, que pone las cosas en su lugar respectivo. San Gregorio afirma “ningún sacrificio agrada más a Dios que el celo por las almas”. Santo Tomás comenta hermosamente esta frase: “Se ofrece un sacrificio espiritualmente a Dios cuando se le consagra alguna cosa. Pero entre todos los bienes del hombre, el más aceptable a Dios es el sacrificio del bien del alma humana. Se puede, pues, ofrecer a Dios, en primer lugar la propia alma...; y, en segundo lugar, las almas de los demás...”

Cuanto más estrechamente une el hombre su alma a Dios o las de los demás, tanto más agradable es a Dios el sacrificio. Luego es más agradable a Dios que aplique el alma propia y las de los demás a la contemplación que a la acción. Cuando se dice que «ningún sacrificio es más agradable a Dios que el celo por las almas», no se antepone el mérito de la vida activa al de la con-

³⁵ II-II, 182, 1

³⁶ Toda esta enseñanza la toma de san Agustín y de san Gregorio.

³⁷ *Rm* 9, 3

³⁸ II-II, 182, 2

templativa; lo que se quiere decir es que es más meritorio ofrecer a Dios la propia alma y las almas de los demás que cualquier otro bien exterior”.³⁹

Esta enseñanza tan profunda debe ser impartida a los fieles; así entenderán mejor —sin quitar nada al resto de la doctrina— por qué la Iglesia incita tanto a los fieles al rezo del santo Rosario.

El concepto del primado de la vida contemplativa es una enseñanza inicial de la Tradición católica.⁴⁰ Por ello me parece conveniente explicar con mayor tecnicismo esta enseñanza para evitar los malentendidos.

Sobre el texto de *Lc 10*, dice Knabenbauer: “Por esta razón se nos pone delante de los ojos que es óptimo, abandonadas todas las cosas terrenas, adherir a Dios de todo corazón”. De manera semejante, según Lagrange, el texto contrapone la excesiva solicitud por las cosas temporales y lo único necesario, es decir, oír la palabra de Dios y llevarla a la práctica. Por tanto, es preferible María, que oye la palabra de Dios, a Marta que se distrae de oírlo. Explicar este texto como referido a la vida activa y contemplativa es, al parecer, comunísimo.⁴¹

Además de María y Marta, se encuentran otros tipos de ambas vidas, como Juan y Pedro,⁴² Isaías y Jeremías.⁴³

En este tema se ha de distinguir cuidadosamente la cuestión verbal y la real. No se puede dudar que la terminología ha sido cambiada por los griegos. En lo referente a la cosa (la realidad) se distinguen completamente la contemplación de los filósofos y la de los místicos cristianos.⁴⁴

1 La distinción no se puede entender de la misma manera en unos y otros. Para Aristóteles es una división casi *total*, ni el fin, ni la misma beatitud, son comunes a ambas vidas; para los cristianos, uno solo es el fin y el término: la vida eterna. Además, en la vía, tanto una como la otra vida tienden a la *perfección de la caridad*. La diversidad no se da por parte del “finis cuius” (Dios), y tampoco por el “finis quo” principal (la caridad), sino por parte de los *medios* elegidos. Los contemplativos escogen los medios más directamente conducentes al amor de Dios,⁴⁵ los activos usan los medios más directamente ordenados al alivio de la necesidad, espiritual o corporal del prójimo. Esto lo hacen por amor de Dios, si no sería una mera filantropía natural y no la vida activa en sentido cristiano.

2 Más aun, en los filósofos la vida contemplativa a menudo se halla imbuida del espíritu del egoísmo y desprecio de los demás.⁴⁶ Tal egoísmo se halla totalmente ausente en la vida contemplativa de los cristianos. Quien “en la intimidad del alma desea contemplar y ningún cuidado pone en su prójimo, ninguna vida íntima tiene, ni una verdadera contemplación”.⁴⁷ Pero mucho ayuda la práctica de la oración y de la penitencia al bien del prójimo y de todo el cuerpo místico. Otra vez aparece la necesidad de la oración

Es posible, de todos modos, que algunos vean las cosas de otra manera. Lo enseñado aquí sobre la “vida contemplativa”, les parece sostener que el fin primario de la vida consiste en alcanzar la perfección en un sentido formal y técnico, es decir, cierta inmediata percepción de Dios (Teoría). Así, en la vida presente, el conocimiento precedería a la caridad, lo cual es contrario a la enseñanza del Apóstol. Por otro lado, esta denominación (vida activa, vida contemplati-

³⁹ IBÍDEM, ad 3

⁴⁰ Cf DE GUIBERT, *Theologia Spiritualis*, n 377 ©

⁴¹ Hay una dificultad exegética en la traducción del “unum est necessarium” (Vulgata). Es menester establecer una comparación entre el texto latino y el griego

⁴² SAN AGUSTÍN, *In Ioannem*, tract.124

⁴³ SAN GREGORIO, *Reg. Pastoralis*, 7, PL, 77/20

⁴⁴ Cf 180, 1

⁴⁵ II-II, 180, 2

⁴⁶ Sin embargo, en Platón el éxtasis excluye la consideración del propio interés Cf FESTUGIÈRE, I.S.C., t. 58, 1939, p. 70

⁴⁷ Cf RUYSBROECK, *Speculum salutis aeternae*, 12

va) parece decir que la vida de los cristianos *en el siglo* es necesariamente inferior a la vida monástica, de este modo se darían dos categorías de cristianos, una que convoca a la perfección, y la otra no.

Pero esa no es, ni siquiera aproximadamente, una correcta interpretación de lo dicho. El fin de la vida contemplativa no es cierta visión imperfecta de Dios en la vida presente, ni la expectación de una revelación privada, ni el conocimiento de lo futuro (como a menudo aconteció en la vida contemplativa de los griegos); es la perfección de la caridad, mas no de cualquier modo, sino recurriendo a los medios directamente conducentes al aumento del amor de Dios (como la oración). Domingo de la Santísima Trinidad señala la completa falsedad de que la caridad se subordine al conocimiento (Teoría) como medio al fin: aun en la excelentísima contemplación de los místicos “in via”, consta ser “más importante el acto de la voluntad o caridad, que el del entendimiento”.⁴⁸ Este mismo autor añade: “El nombre de contemplación es equívoco, porque a veces significa ambos actos de la inteligencia y de la voluntad que componen la vida mística,... y otras veces únicamente el acto del entendimiento del cual es solamente propio el contemplar, aunque en esa unión sea menos perfecto que el acto de la caridad... ; sin embargo, se le aplica la denominación de *contemplación*, ya sea porque absolutamente el entendimiento es más perfecto que la voluntad, ya sea porque es simplemente necesario como guía del querer y el amar”.⁴⁹

Por consiguiente, la contemplación infusa del entendimiento más se comporta como pasión emanante de la perfección de la caridad que como fin de la misma. Así la vida contemplativa y la contemplación incluyen una perfectísima caridad, no sólo como causa eficiente, sino también como especificativo del mismo conocimiento (el amor pasa a la condición de objeto).

Todos los cristianos son llamados a la esencia de la perfección, o sea, a la perfección de la caridad.⁵⁰ Pero no todos escogen los mismos medios para lograrla. Además, la cosa se juzga por parte de la obra (“ex parte operis”; así consideradas, las obras de la vida contemplativa son por su especie más perfectas), no por parte del que obra (“ex parte operantis”), pues, en ese caso acontece que algunos en la vida activa más complacen a Dios por sus obras que algunos contemplativos. Tampoco se excluyen de la esperanza de la vida mística a algunos consagrados a la vida activa. Es posible que algunos de quienes abrazaron la vida contemplativa, nada tengan de verdaderos contemplativos y viceversa. Consecuentemente, dado que la contemplación mística pertenece a la esencia de la caridad perfectísima en el estado de unión perfecta con Dios, bajo ningún motivo se excluyen de ella a quienes se dedican a la vida activa. Lo aquí sostenido es que todos los cristianos deben aspirar a la contemplación en algún grado, aun sin abrazar el “estado de vida contemplativa”. Y a eso ayuda enormemente la recitación habitual del santo Rosario.

3.- El contenido y significado del nombre Rosario

Varios Papas, refiriéndose al santo Rosario, han dicho “es una oración más celestial que humana”. Es una fórmula realmente insólita para proceder de un estilo literario siempre tan cuidadoso de las formas que evita, por principio, las anfibologías y los términos excesivos. Debe existir, por tanto, una razón muy importante para justificar esta expresión de los Sumos Pontífices. No se ha de atribuir —creo— sólo al hecho de tener las oraciones empleadas en el Rosario un origen divino o celestial (el Padrenuestro, la oración enseñada por el mismo Jesús, y el Ave María, cuyas primeras palabras fueron pronunciadas por el Arcángel Gabriel el día de la anunciación), sino a su persuasión de estar frente a una plegaria realmente inspirada por Dios mediante la Santísima Virgen María,

Su nombre “Rosario”, alude directamente a la “rosa”, esa hermosa, abundante y variada flor conocida en todas partes. La antigua liturgia del oficio de la fiesta del Santísimo Rosario

⁴⁸ DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, *Bibl. Theol.*, VII, a. 4, c. 3, dico 7

⁴⁹ IDEM, s, 6, c. 1

⁵⁰ Cf II-II, 184, 3.

era por demás elocuente al interpretar su simbología. Cada una de las preces componentes del santo Rosario, en cuanto oración vocal, son como rosas arrojadas por los fieles a los pies de la Madre de Dios. Es muy antigua y frecuente la costumbre de hablar por medio de las flores; su lenguaje es el del amor. Mal que pese a los espíritus prosaicos y groseros, los enamorados continuarán utilizando ese lenguaje, lleno de poesía y belleza, porque las flores pueden expresar los sentimientos del corazón, inenarrable con los labios. Los amantes ofrecen flores. Y nadie les reprocha por eso, ni se les pregunta si acaso piensan que no son variadas ni entretenidas. No; todos comprendemos el encanto de las flores, su elocuencia y dignidad, su agradable perfume, sus variados matices distintivos. Un ramo de rosas rojas es símbolo de un amor intenso; y el amado percibe lo que el amante intenta decirle al enviárselo. Adornamos con flores nuestras casas y habitaciones. Y nadie se atreve a reprobarnos; por el contrario, alaban nuestro buen gusto y nuestro sentido estético. El tierno recuerdo de nuestros queridos difuntos, la tristeza experimentada por su definitiva ausencia, los traducimos con el delicado idioma de las flores. Y ¡cuán elocuentes son esos ramos y coronas! Unas veces entretejidos con flores fastuosas otras veces con humildes lirios del campo “más bellos que Salomón en el esplendor de su gloria”. Su delicada fragancia, su frágil y matizada hermosura, son emblemas de los sentimientos más puros y elevados del alma humana. Solemos cortar las flores más lozanas de nuestros jardines para colocarlas en los altares o frente a las imágenes de nuestra devoción. Cuando se ofrecen a Dios se convierten en elementos litúrgicos expresivos de nuestro anhelo de reconocer, mediante la ofrenda de los productos más sublimes de la naturaleza, su soberanía y su dominio creador sobre todas las cosas. Así manifiestan la profundidad del alma religiosa y el propósito de adorar y de alabar a Dios. ¿Quién se atrevería a censurar la excelencia de esos procedimientos? Y, sin embargo, son siempre las mismas flores; las rosas son siempre muy parecidas las unas a las otras. Pero, al mismo tiempo, son distintas. Por más que se asemejen, hay invariablemente un matiz distintivo en cada una de ellas. Cuando una se marchita, ya disponemos de otra recientemente florecida en el rosal para sustituirla y continuar oyendo su lenguaje. Jamás he escuchado decir por eso que las flores son aburridas y monótonas; nunca he visto despreciar una flor por ser tal. Y, si lo hacemos, adivinamos de antemano la severa censura de todos por nuestra incapacidad de admirar la belleza. El alma tierna sabe descubrir los matices de las flores, reconocer la diferencia de cada uno de sus pétalos y la irisada armonía de sus colores. Cada flor es un acorde distinto en la maravillosa sinfonía de la Creación.

Y ahora, ¿osan negarme que más viva y más hermosa que una flor, ofrendada al Altísimo pero nacida de un tallo sin conocimiento, es una plegaria brotada de un alma creyente y de un corazón amante? ¿Por qué, si aplaudimos a los fieles por colocar sus flores a los pies de los altares (probemos impedirlo a los novios el día de su desposorio: ¡veremos qué sucede!), vamos a reprocharles por depositar sus Padrenuestros y Avemarías a los pies de su Santísima Madre? Como las naturales, también esas rosas espirituales poseen sus propios matices forjados en el dolor y la alegría, en las frustraciones y las esperanzas, en el arrepentimiento y la acción de gracias, en el desaliento y el consuelo. El Rosario, aun en cuanto oración vocal, es todo lo contrario a una recitación monótona, inexpresiva o fastidiosa de unas preces aprendidas de memoria, como algunos lo ven. No; es la manifestación de la infinita variedad de los sentimientos de quien lo reza con fervor. Los espíritus magnánimos saben descubrir esa variedad y la respetan. ¿No se habrá perdido la finura intelectual para comprender el lenguaje de quien intenta, mediante el santo Rosario, dialogar con Cristo y con su Madre? El desprecio por el Rosario, ¿no se deberá a la grosería en la cual se han sumergido los juicios de algunas inteligencias, al enfriamiento de su amor y al debilitamiento de su fe? El que ama verdaderamente no se cansa nunca de escuchar las declaraciones de amor y de hacerlas. Quienes se aburren con ellas, demuestran haber dejado de amar. Como san Agustín, podría repetir: “quien ama entiende lo que digo”. No tienen el mismo tono ni la misma intensidad las Avemarías del Rosario de una madre orando por su hijo en peligro de muerte, o las de aquella que agradece a Dios la próxima ordenación sacerdotal del suyo. No posee la misma carga emotiva el Rosario de una monjita contemplativa

intercediendo ante Dios por la conversión de los pecadores y el bien de la Iglesia desde la soledad y el silencio de su claustro, y el del médico cristiano que pide por sus pacientes y colaboradores. Suena distinto el Rosario de un labrador mientras abre el surco para sembrar, el de un obrero carente de trabajo, el de un industrial anhelante de practicar la justicia, el de un ministro de Dios recordando a sus fieles o el de un buen estudiante encomendándose a la ayuda divina para el éxito de sus exámenes. ¡Dejemos, pues, a las almas generosas recitar y meditar en paz su santo Rosario! ¡No turbemos la unción de su plegaria con estúpidas innovaciones! ¡No interfiramos la acción del Espíritu de Verdad con la mentira! ¡Dejemos más bien a un lado nuestra frigididad, soberbia y falta de piedad y recemos también nosotros —aficionados de las malsanas innovaciones doctrinales más que verdaderos teólogos— el Rosario con humildad y confianza! ¡Y pongamos, también nosotros, las rosas de nuestros sentimientos, plasmadas en muchas Avemarías a los pies de nuestra Reina y Madre de misericordia!

4.- El Santo Rosario, escuela de oración

El Rosario enseña a orar y, además, de la mejor manera. Utilizando el instrumento, sencillo y fácil, de la oración vocal, nos conduce poco a poco a grados cada vez más altos de unión con Dios, hacia la verdadera contemplación infusa. Al proponernos permanentemente la consideración de los misterios fundamentales del acervo dogmático del cristianismo, nos educa sobre ellos y nos induce a conocerlos y amarlos profundamente. Por tratarse de una cristiana catequesis, el Rosario torna más sensatos y prudentes en sus juicios a quienes lo recitan con perseverante regularidad. “No se ama lo que no se conoce”; por contrapartida y lógica consecuencia, cuanto más se lo conozca más se amará al ser querido. El Rosario nos introduce en un mejor conocimiento de Cristo, nos hace escuchar atentamente sus palabras, acrecienta nuestro amor por Él. He ahí la esencia de la contemplación que, como enseña santo Tomás. *principaliter in affectione consistit*.⁵¹ La contemplación infusa no es un mero estudio o especulación, no es una simple reflexión intelectual sobre las verdades de la fe; es, ante todo, la tensión de la mente a conocer y amar esas verdades. Muchos ven disminuida su fe porque no oran, pues la oración es el “caldo de cultivo” de la fe; pero verán disminuido sobre todo su amor. Así como los mamíferos necesitan del aire y los peces del agua para sobrevivir, nuestra fe y caridad precisan de la oración, sin la cual paulatinamente se enfrían y desaparecen. El Rosario, oración al alcance de todos, por su caudal teológico a todos enriquece.

Pero hay más. El Rosario es un permanente reflejo del Evangelio; y si el contacto con éste renueva la conciencia cristiana, el Rosario es eminentemente renovador. No ocultando ni mutilando sus exigencias, el Evangelio provoca el cambio del individuo y de la sociedad. Tal vez debido a eso, todas las épocas de gran renovación espiritual y social han coincidido con aquellas en las cuales la recitación diaria del Rosario fue más intensa.

Finalmente, el Rosario es una excelsa profesión de fe. Oso decir que quien lo reza suple con él la proclamación del Símbolo de la fe. ¿No consiste, acaso, en pregonar las mismas verdades con otras palabras? ¿Quién puede decir cuál es la mejor manera de hacerlo?

5.- El Santo Rosario, oración privada y comunitaria

Una de las grandes ventajas del santo Rosario es ser una oración personal, susceptible de recitarse en privado cómo y cuándo se quiera, de diferentes maneras y sin necesidad de especiales recursos, pues se trata de una plegaria fácil, compuesta por preces ampliamente conocidas y, constituye, por tanto, un modelo de oración popular. Es congruente se haya convertido en una oración pública de la Iglesia, y en el substituto más razonable, para los simples fieles, del Oficio Divino, la oración oficial de la Iglesia. Ésta necesita de libros especiales que no todos pueden procurarse, es bastante complicada e inasequible para los ignorantes y analfabetos. Por su parte, la Eucaristía, centro y culmen de la liturgia católica, exige la presencia del ministro, y

⁵¹ “Principalmente consiste en el afecto” (Cf II-II, 180, 1; 2. 1m; 7, 1m.)

sólo pueden acceder a ella quienes viven a una distancia prudencial de donde se celebre. El santo Rosario no necesita de libros, ni de lugares especiales, ni de elemento ninguno (ni siquiera de la corona material —bastan los dedos de la mano para enumerar Padrenuestros y Avemarías— que, por otro lado, no hay quien no posea y es de facilísima fabricación). Está estructurado para suplir el Salterio (150 salmos = 150 Avemarías). Está al alcance de todos: pobres y ricos, sabios e ignorantes, sanos y enfermos, jóvenes y ancianos; los une a todos, los convoca a todos. En los labios de cada uno adquiere una resonancia distinta.

En los encuentros comunitarios es una oración ideal por su mesurada duración (me refiero a la recitación de cinco misterios), y ofrece una inigualable gama de variaciones para hacerlo más eficaz e instructivo. En efecto, no es una oración intocable ni lo ha sido nunca; es suficiente conservar su espíritu y luego someterlo a todas las variaciones imaginables. En campamentos y fogones de jóvenes he visto teatralizarlo con un resultado magnífico y sorprendente, mientras se lo rezaba con gran fervor.

Juan Pablo II ha declarado recitar diariamente los quince misterios y, seguramente, no es el único Papa acostumbrado a ello, y entre los fieles son legión quienes hacen lo mismo.

Por ser una oración de la comunidad cristiana, vale decir, de la Iglesia, posee todo el vigor y la riqueza de la “comunión de los santos”. “Donde dos o tres estuvieren unidos en mi nombre, allí estaré Yo en medio de ellos”. Es imposible que Cristo no se halle presente en el seno de una familia o de un grupo reunidos para rezar el santo Rosario. ¿Qué otra plegaria podría superarla o sustituirla?

6.- El santo Rosario, forjador de vidas

Una doctrina inepta para convertirse en manantial de vida no tiene relevancia alguna. El riesgo de la teología es la desencarnación, permanecer en la abstracción y en el nivel teórico de los principios y verdades, sin descender al nivel de la vida cotidiana y de las costumbres de los hombres, transformándolas y santificándolas. Si la teología marchase siempre en la misma dirección —la buena— y la conducta moral de los individuos en otra —la mala— ¿de qué serviría esa teología, impotente para convencer y producir un cambio? Es necesario comprender que sólo la oración es el vehículo transmisor de los conocimientos teológicos. La teología es la única ciencia que puede ser rezada. Una ciencia existente para ser vivida, ordenada a encontrar el cauce para mantener la vitalidad de las virtudes teologales y morales en la realidad concreta de los hombres. El santo Rosario —pequeño pero completo compendio de la Suma Teológica— logra espléndidamente ese objetivo, porque invita a volcar el contenido de sus meditaciones en la vida cotidiana. El Cristo de la fe es propuesto, en los misterios del santo Rosario, como verdadero hombre, viviendo entre los hombres, gozando y sufriendo como ellos y por ellos. Allí aparecen todas las instancias familiares y sociales. El Rosario, evangelio viviente, es una teología que no se aparta de la historia real de cada hombre y de todos los hombres. Quien, rezándolo, medita los misterios gozosos, aprende a descubrir los remedios contra la desidia en el trabajo y el disgusto en la pobreza, a dominar el instinto de la ambición desmedida, a valorar la vida de familia y la amistad. Los dolorosos lo iluminan sobre la dimensión redentora del sufrimiento, despiertan su sentido del límite y le infunden la paciencia “que todo lo alcanza”. Los gloriosos lo elevan por encima de los bienes caducos, incitándolo, con el surgir de la esperanza en un bien futuro e inmarcesible, a “buscar lo que está arriba, a saborear todo lo que está en lo alto”. Los luminosos —agregados por Juan Pablo II— lo sumergen en el resplandor de la fe tanto mayor que el del conocimiento científico y natural.

Si el gran principio rector de nuestra conducta moral cristiana es la imitación del modelo supremo, Cristo, ¿quien no tiene oportunidad de aprender por el rezo del Rosario, a ser como Él, teniendo permanentemente su divina imagen delante de los ojos? La verdad no es única ni principalmente un conjunto de juicios adecuados a la realidad, sino una Persona con la cual hay que identificarse, la del Verbo de Dios que se hizo hombre y habitó entre nosotros. Nadie que conciba la verdad como un conjunto teórico de principios se arrodillará ante ella para rezar. Los

marxistas no rezan a sus “dogmas”; en cambio el cristiano debe hacerlo, porque sus dogmas son la expresión de la vida de una Persona. Si no fuese así, el cristianismo quedaría expuesto a convertirse en una ideología más. El santo Rosario, diálogo permanente con la Verdad, desideologiza el contenido de la fe, lo encarna, lo traduce en la vida cotidiana y lo convierte en norma de conducta. ¿Se le puede pedir más?

7.- El santo Rosario, oración para los tiempos difíciles

Pueden darse, en la vida del hombre y de la sociedad, dos actitudes frente al mal: una meramente pasiva y de pura resignación, otra de resistencia y combate. Para el cristiano que asume la primera, la oración constituye un refugio; mas, si es sólo eso, corre el riesgo de convertirse en una evasión y en un aislamiento y éste es inhumano; por tanto, su oración será desconfiada, incorrecta y superficial (“Hombres de poca fe, ¿por qué habéis dudado?”). Para el que asume la segunda, en cambio, la oración es un arma eficazísima para contrarrestar la audacia o perspicacia de los agentes del mal. En los momentos difíciles, más que en los otros, la oración del cristiano debe gozar de esta segunda característica; es precisamente en esos momentos cuando ha de crecer en la esperanza y confiar en la Providencia. Cito algunas expresiones de los Papas, casi al azar y sin preocuparme siquiera de su orden cronológico, pues no altera su contenido. En ellos subrayan con insistencia esta propiedad del santo Rosario, oración del militante: “Es un arma poderosa para la defensa del individuo, de la sociedad doméstica y de la Iglesia toda”... “Es un arma contra la corrupción, los vicios y los males de este tiempo”, “... Se instituyó especialmente para implorar la protección de María contra los enemigos del cristianismo” (León XIII). “... El pueblo se enfervoriza, los hombres se convierten, las herejías se disipan y (el Rosario) hace brillar la luz de la fe” (San Pío V). “... Es arma de defensa de la Iglesia contra los herejías y las perniciosas herejías” (León X). “... Obtiene de Jesucristo el socorro contra los peligros..., apacigua la cólera de Dios e implora la intercesión de María” (Gregorio VIII). “... Es la forma más a nuestro alcance para agradar a la Virgen y atraer su protección,... es la reparación por la profanación y los sacrilegios de los ateos... remedio para los males de nuestro tiempo e instrumento de pacificación colectiva... ayuda eficaz para los perseguidos” (Pío VII). “... Es la oración especial para las grandes necesidades y aflicciones de la humanidad (Juan XXIII).

Tiempos difíciles, corrupción, vicios, herejías, profanaciones, sacrilegios, necesidades y aflicciones, guerras, odio, muerte, enemigos del cristianismo, etcétera, ¿son todos esos males extraños a nuestro tiempo? Y si hoy se dan —tal vez con mayor virulencia— ¿tiene o no vigencia todavía el santo Rosario? “Oración —dicen los Sumos Pontífices— instituida especialmente a causa de estos males”.

Mas no sólo debemos tener en cuenta los males sociales, también existen los de la propia historia personal de cada uno de nosotros: las tentaciones, el pecado, los errores. No apartaremos de nosotros todo ello con recursos meramente psicológicos; pero sí lo haremos con la recitación del santo Rosario. ¿Ilusoria esperanza? ¿Espiritualismo simplista? Antes de decidir dar una respuesta afirmativa a estas preguntas, experimente quien así piensa, el rezo diario del santo Rosario, y sólo después de un tiempo decida responder según le enseñe esa experiencia. Cuando los males afligen, buscamos instintivamente el consuelo y la protección. Pero, ¿pueden darnos eso los hombres y sus pequeñas demostraciones de afecto y comprensión? Sólo las Personas Divinas son nuestro verdadero consuelo, enseñan las Sagradas Escrituras. El Rosario nos lo demuestra.

III.- EL SANTO ROSARIO EN LA ACTUALIDAD

Una gran preocupación actual es la de lograr leer en el mensaje contenido en los acontecimientos y las realidades sociales. No es inútil o vana preocupación; por el contrario, está plenamente justificada y es el mismo Evangelio el que nos sugiere “ser expertos en leer los signos de los tiempos”. En medio de las grandes aspiraciones de nuestra época ¿tiene el santo Rosario alguna respuesta a ofrecer? No podemos someter a examen todas y cada una de esas aspiracio-

nes, pues son demasiado numerosas, pero detengamos nuestra atención en algunas de ellas que hacen vibrar especialmente el alma de los cristianos actuales, y veamos si el Rosario nos dice algo al respecto.

1.- El santo Rosario y los pobres

Foco de interés es en toda la Iglesia, pero particularmente en la Latinoamericana, la opción por los pobres. Al margen de lo desmesurado de algunas tendencias modernas, la opción por los pobres es en sí misma válida y dispone de una fuerte raigambre evangélica. Como las llagas de Cristo para el incrédulo Apóstol Tomás, así puede llegar a ser para el mundo contemporáneo —¡no menos descreído y desconfiado!—, nuestra lucha contra la injusticia y la marginación, nuestra opción por los hermanos más desvalidos e indefensos. Esa “hambre y sed de justicia” puede ser el signo para el mundo de que Cristo vive, pues nosotros, sus discípulos, permitimos a nuestro corazón latir al unísono de tantas miserias y necesidades humanas.

Consideremos el proceder de Cristo. El Evangelio predica la necesidad del “espíritu de pobreza” o desprendimiento voluntario de los bienes terrenales como una condición indispensable para conquistar el Reino de los cielos. Pero ello no significa que Jesús apruebe la pobreza fruto de la injusticia y del desequilibrio social. Esta pobreza, que lamentablemente siempre ha existido sólo puede reprobarla el cristianismo e investigar sus causas profundas para remediarla hasta donde sea posible. Si nosotros hoy conviviésemos con el pueblo, como Jesús convivió diariamente, seríamos testigos de realidades análogas a las contempladas por Él (con las lógicas diferencias circunstanciales típicas de aquella época): opresión, marginación, miseria física y moral, injusticias de todo orden, prostitución y latrocinio como medios de vida, promiscuidad, ausencia de higiene elemental, falta de habitación, hambre, desnutrición infantil, y una resignación exasperada. También entonces esa situación de un pueblo sometido provocó levantamientos sediciosos; aunque Jesús nunca manifestó aprobarlos.

El Señor se movía cómodamente entre pobres y pecadores, porque eran ellos—decía— “quienes tienen mayor necesidad de médico”.⁵² Con frecuencia aliviaba sus males o les cambiaba el corazón. Experimentó como propio, identificándose con ellos, el dolor de los desheredados, la exclusión social de los leprosos, el desprecio oficial por los publicanos y prostitutas, la excomunión de los samaritanos, la soledad de los presos y de los enfermos, el frío de los desnudos, la sed de los vagabundos y el hambre de los desocupados. Y, en virtud de esa identificación, proclamó considerar como una afrenta o un servicio hechos a Él mismo el trato que se le diera; ése sería al final —agregaba— el mayor motivo de premio o de castigo.⁵³

*Eratrem vidisti, Christum vidisti!*⁵⁴ Jesús adivinaba el bochorno lacerante de la mujer, mal aconsejada por la miseria, decidida a alquilar su cuerpo para sobrevivir. Lógicamente no aprobaba sus pecados; pero denunciaba a quienes cometían pecados aún peores, por cuya causa “hasta las prostitutas los precederían en el Reino de los Cielos”.⁵⁵ Con estas palabras el Señor no justificaba el desorden moral; pero instauraba grados de malicia muy diversos a los establecidos por los cánones morales de la hipócrita sociedad (no más que la actual) de su tiempo.

Se apiadaba de los mendigos y mandaba a los apóstoles darles limosnas de los bienes recibidos por ellos mismos de la generosidad ajena.⁵⁶ Quiso hacerse uno con los “sin techo” y

⁵² Mc. 2, 15-; Lc 5, 15-17

⁵³ Mt. 25, 31-46

⁵⁴ “¿Has visto al hermano? A Cristo has visto”.

⁵⁵ Mt. 21, 31-32; Lc 7, 29; 15, 1

⁵⁶ “Caminaba por ciudades y aldeas, predicando y evangelizando el reino de Dios, y le acompañaban los

Doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, por sobre nombre la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, la mujer de Cuza, intendente de Herodes; Susana, y otras muchas, las cuales les asistían con sus bienes” (Lc., 8, 1-3).

declaró que “hasta las zorras del campo poseían su guarida y nidos las aves del cielo, mas el Hijo del Hombre no tenía donde reclinar la cabeza”.⁵⁷ Y cuántos otros detalles parecidos!

Jesús conocía todas las formas de esta pobreza. La pobreza de la salud o enfermedad: más angustiada y real cuando es congénita, dura largo tiempo o, incluso, toda una vida. La pobreza del afecto o la congoja de la soledad: la necesidad insatisfecha de amar, de ser amado, reconocido, estimado. La pobreza de la vejez y de la debilidad: entonces como hoy rechazada y marginada. La pobreza de los fracasos: como la soportada actualmente por tantos sacerdotes y religiosas cuya esperanza ha sido sacudida hasta el punto de zozobrar.⁵⁸ La pobreza del error y del pecado: la más difícil de aceptar por ser la más desconocida y secreta. Cristo sabía cuán arduo es asumir tales pobreza.

¿Son esos “los pobres” a quienes Cristo llama bienaventurados? Hasta cierto punto sí, como parece deducirse del texto de Lucas. Jesús no podía aprobar esa pobreza, porque Dios no puede aprobar injusticia alguna. Reflexionando sobre su misericordia infinitamente ecuánime, me siento inclinado a creer que ningún dolor humano, ninguna miseria, producto vil del atropello a la dignidad de la persona, quedarán sin respuesta el día de la verdad, según Él mismo lo insinúa en la parábola de los dos siervos.⁵⁹

Lamentablemente esa pobreza física puede ir asociada a la riqueza del deseo ilícito, como un deplorable contubernio entre la miseria del cuerpo y la ambición (el pecado) del corazón.

Es verdad también que algunas de las nuevas formas de pobreza son artificiales y falsas, creadas por un “principio de necesidades” contrario a la austeridad evangélica. Pero, ¡por favor!, no interpretemos únicamente de este modo tan frívolo la primera bienaventuranza, invirtiendo los valores del Evangelio. Una conciencia verdaderamente cristiana jamás conseguirá anestesiarse del todo, mientras subsista la miseria y la marginación de enormes masas populares, sosteniendo que los únicos privilegiados, dentro del sistema socioeconómico imperante en nuestros días, son los pobres de hecho, pues los bienes realmente computables para la felicidad son los del Reino.⁶⁰

Es casi blasfemo valerse del Evangelio para excusar una evasión cobarde o egoísta frente al drama de los pobres. La lucha contra la miseria del prójimo, o el empeño individual y colectivo del cristiano ordenado a combatir los injustos desequilibrios, es uno de los modos, aunque no ciertamente el único, de practicar la pobreza ensalzada por el Sermón de la Montaña. A veces los predicadores han interpretado esta bienaventuranza sólo como el anuncio de un cambio futuro de condiciones; esta interpretación le hace decir a Cristo: “vosotros seréis tanto más felices, cuanto más desgraciados hayáis sido ahora”. Si ésa fuese la verdadera interpretación, entonces resultaría lícito tolerar y ensalzar la violencia de la marginación, desamparando a los menesterosos y dejándolos padecer su lastimoso estado ¡para no privarlos de la bienaventuranza que ha de sobrevenirles un día!

Pero Cristo no dijo “empobreceos los unos a los otros”, como expresa con sus perversas medidas la maquinaria socioeconómica actual sin requerir el consejo de nadie. Jamás habría podido el Señor sugerir tamaño despropósito, cuando tan claramente amenaza con un duro juicio a quienes obren de esa manera.⁶¹ Él dijo, por el contrario, “un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; como Yo os he amado, también vosotros amaos los unos a los otros”.⁶² Y Él amó sirviendo, curando, multiplicando el pan y los peces, lavando los pies de sus discípulos, antes todavía de dar su vida por todos.

⁵⁷ Mt 8, 20; Lc 9, 58

⁵⁸ “El cansancio de los buenos”, la denominaba Pablo VI.

⁵⁹ Mt. 18, 21-35

⁶⁰ Cf LAMBERT, B., *Las bienaventuranzas y la cultura hoy*, ed. Sígueme, Salamanca, 1987, p. 84 ss.

⁶¹ Cf Mt 25, 31-46

⁶² Jn 13, 34

¿Se puede amar verdaderamente sin cobijar, sin enriquecer de una u otra forma a quien se ama? La pobreza a la cual Cristo invita no es una aprobación de la injusticia social, reiteradamente maldecida. Por el contrario, vino para revelarnos la existencia de un "Reino eterno y universal: el Reino de la verdad y la vida, el Reino de la santidad y la gracia, el Reino de la justicia, el amor y la paz".⁶³ ¿Podremos pretender ser amigos de Cristo, a su vez amigo de los pobres, si no los amamos? El santo Rosario, sinceramente rezado, sensibiliza nuestro corazón; tal vez lo cubra de reproches mas, al mismo tiempo, lo llenará de compasión y de misericordia. Quien quiere optar auténticamente por los pobres, sin desviarse en odios infructuosos pero tampoco conformándose con declamaciones vacías e hipócritas, ¡rece el santo Rosario! Así aprenderá a tener sinceridad y coraje.

Pero, por otra parte, el Rosario es la oración del pobre. La primera manera de dignificarlo es enseñarle a orar. Se le hará comprender la grandeza de su vida despreciada por los hombres, pero importante y muy tenida en cuenta por los ojos de Dios, su Padre. En una sociedad donde el pobre es olvidado y marginado, el Rosario le sigue hablando de su filiación divina, de su derecho a la herencia celestial y a los medios para una vida terrena digna; le dice que será feliz porque el Reino de Dios le está destinado, pero también porque Cristo ha condenado el desprecio y la injusticia. El Rosario no le enseña al pobre solamente a soportar con paciencia y resignación su triste realidad, sino a combatir legítimamente y con entereza por sus derechos y los de sus hijos, sin odios ni violencias inútiles y contraproducentes, pero sí con perseverancia y ecuanimidad. El santo Rosario no es una oración pensada para aturdir o anestesiar al pobre, sino para fortalecerlo. "El Rosario —escribió Pío XII— es una esperanza de bienestar para el pueblo".

La opción por los pobres implica una transformación de la sociedad. El rezo del santo Rosario puede conseguirla siempre que pobres y ricos, súbditos y gobernantes admitan ser mentalizados por él.

2.- El santo Rosario y el movimiento ecuménico

Un ardiente deseo de unidad cunde actualmente por las filas del cristianismo. Todos comprendemos, como nunca antes, el escándalo presentado al mundo por el mal ejemplo de nuestra división. ¿Cómo pretender el retroceso del ateísmo y de la irreligiosidad si nosotros, en lugar de combatirlos, los fomentamos con nuestras rencillas internas? Cristo pidió insistentemente al Padre, en la última cena, por la unidad de su Iglesia "a fin de que el mundo admitiera que Él era su enviado".⁶⁴ Continuando divididos, somos culpables de la incredulidad circundante, pues hemos dejado de ser signo de la fe. La realidad lamentable de ese escándalo debería taladrar la conciencia de todo cristiano, porque todos somos de alguna manera responsables. Estamos aun muy lejos de triunfar sobre la desunión; muchos prejuicios doctrinales y afectivos todavía nos separan. ¿Cómo superarlos? Si aún no estamos juntos y congregados por el acatamiento de la misma doctrina y de la misma autoridad, al menos podemos estar unidos en la misma oración. ¿Qué hay en el santo Rosario que pueda ser objetado por alguna de las confesiones cristianas? ¿Por qué no puede ser él la oración congregante? Ciertamente puede él convertirse en el fermento de la unidad renovada. "El Rosario es el medio poderosísimo para extender el reino de Cristo y obtener la reconciliación de los disidentes... es lazo de unión... arma para lograr la unidad de los que están separados de la Iglesia" (León VIII).

3.- El santo Rosario: arrepentimiento y conversión

Mas, si hablamos del escándalo en el caso anterior, también debemos considerar otros aspectos del mismo. Asombra el intenso relieve dado por Cristo al escándalo en comparación con el poco que le otorgan los cristianos en general. Incluso se ha llegado a propagar una

⁶³ Prefacio de la misa de la Festividad de Cristo Rey.

⁶⁴ Jn 17, 20-23

concepción perversa del escándalo, consistente, no en una exclamación o comentario de reproche contra cualquier pecado del prójimo, verdadero o imaginario —asiduamente formulados de manera hipócrita (escándalo farisaico)—, sino en algo muchísimo peor. Existe también, claro está, ese escándalo falso: la actitud maliciosa de quienes demuestran sentirse escandalizados aun por las buenas obras, que siempre se pueden interpretar aviesamente. La actitud de los fariseos frente a Cristo ha venido repitiéndose incesantemente en el transcurso de la historia de la Iglesia con sus múltiples acontecimientos. De este juicio temerario suelen ser víctimas los más encumbrados hombres de la Iglesia. La malicia humana no tiene límites.

El verdadero escándalo es inducir, con el ejemplo de la propia conducta malvada, a ser imitados en el mal por los más débiles. El escándalo (“obstáculo para quien camina”) se aplica a la vida espiritual y moral. El escándalo activo (la acción de quien escandaliza) no es solamente un pecado; para el Evangelio es la peor de las abominaciones, bien señalada por el símbolo de su castigo utilizado por Jesús.⁶⁵ No es difícil que el escándalo se convierta en el mayor obstáculo para la propagación de la verdad; incluso el mismo evangelio se ha vuelto a veces infructuoso por el escándalo de quienes lo predicán. Nuestro cristianismo, nuestras costumbres, nuestra manera de interpretar el evangelio a menudo en forma mutilada, están muy lejos de permitirnos repetir con san Pablo: “Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo”.⁶⁶ ¿Cuántos cristianos en la actualidad podrían pronunciar sinceramente estas palabras? Hoy la Iglesia, bajo la égida de Juan Pablo II y Benedicto XVI, ha tenido el coraje de pedir perdón al mundo por los escándalos cometidos por los cristianos de todos los tiempos.

Pero. ¡Cuántos otros escándalos existen actualmente en la sociedad! Tanto en el orden internacional como en el interior de los distintos pueblos y naciones: las guerras, las luchas por el poder, las ambiciones desmedidas, las grandes injusticias sociales, los inmensos sistemas de corrupción organizada, la trata de blancas, los genocidios, los latrocinios, la explotación de los débiles, la sobreabundancia de los bienes de algunos y el hambre de la mayoría, las violencias de todo tipo, la sofocación de la vida en gestación y la manipulación de la persona humana, el auge de la homosexualidad y del libertinaje, el tráfico de drogas, la educación atea y materialista, las discriminaciones de toda laya, etcétera. Sería cuestión de nunca acabar la enumeración. ¿Qué pensar, a la luz del evangelio, de una sociedad en tal estado?

Tampoco los cristianos nos eximimos de cometer escándalos: las grandes divisiones doctrinales y disciplinarias antisigno de la caridad cristiana, las ambiciones personales inocultables a los ojos del pueblo, el amor excesivo al boato y el apego a las riquezas, el aburguesamiento y la mundanidad de muchos religiosos, las apostasías de los pastores que incitan a la apostasía de los fieles, la traición a Jesucristo al traicionar la fidelidad y obediencia debidas a su representante en la tierra, el Papa. También aquí es larga la lista. ¿Qué pensar de una Iglesia así, a la luz del evangelio, cuando su misión debe ser reflejar el rostro del Señor entre los hombres? ¿Sería exagerado hablar de una Iglesia en estado de escándalo?

Escándalos en la familia: la desfachatada, cínica y creciente infidelidad conyugal, el divorcio, la concepción pagana de la existencia, la indiferencia de los padres frente a la educación de los hijos, las modas que atentan contra el pudor y la dignidad de la mujer, etcétera.

Los niños, los adolescentes, los ignorantes son los pequeños del evangelio: los destinatarios de todos esos escándalos, los que son corrompidos y a su vez corromperán a las generaciones futuras. ¿Cuál será, en nuestro tiempo, la piedra de molino que Dios se reserva para ahogar a los escandalosos?

Todo esto está pidiendo a gritos arrepentimiento y conversión. “Si tu mano es motivo de escándalo, córtala y arrójala lejos de ti...”. ¿Qué significan estas palabras? Por lo menos testimoniar la presencia de Cristo en la historia con una vida de real pobreza. “Cuando se trata de

⁶⁵ Cf *Mt* 18, 6-9; *Mc* 9, 42-48; *Lc* 17, 1-2

⁶⁶ *I Co* 4, 16

los bienes temporales hay que hacer distinciones. Esos bienes, o son nuestros, o nos han sido encomendados para que los conservemos para otros, como los bienes de la Iglesia se encomiendan a los prelados, y los bienes comunes de la república a sus dirigentes. La conservación de los mismos, como la de los depósitos, obliga en conciencia a quienes está encomendada. Luego no se debe renunciar a ellos para evitar el escándalo... Pero, si esos bienes son nuestros debemos renunciar a ellos, si están en posesión nuestra, o no reclamarlos, si están en posesión de otros, para evitar el escándalo cuando este se origina por ignorancia o la debilidad, escándalo que hemos llamado “de los pequeños” (*pusillorum*). En este caso, debemos renunciar totalmente a los bienes temporales; o, al menos, disminuir el escándalo dando una explicación del sentido de esas riquezas. Dice san Agustín: «cuando niegues algo al que te lo pide, explícale donde está la justicia; pero no le niegues lo que te pide si no puedes justificar tu injusticia».⁶⁷ San Pablo escribe cosas como éstas: «Si por los alimentos que tomas entristeces a tu hermano, ya no procedes según la caridad. No malogres con tu comida a aquel por quien ha muerto Cristo»;⁶⁸ «El hecho es que pleiteáis un hermano contra otro, y esto ante infieles. Sea lo que sea, ya es un menoscabo que mantengáis pleitos entre vosotros, ¿por qué no sufrir más bien la injusticia? ¿Por qué no soportar más bien el perjuicio?»⁶⁹ «Si en beneficio vuestro sembramos nosotros bienes espirituales, ¿qué mucho que recojamos vuestros bienes materiales? Si otros tienen derecho a participar de vuestros bienes, ¿cuánto más lo tendremos nosotros? Con todo, no hemos hecho uso de ese derecho. Al contrario, hemos soportado toda clase de privaciones para no crear obstáculos al evangelio de Cristo».⁷⁰ «Si mi comida ha de ser causa de ruina espiritual para mi hermano, no probaré la carne jamás para no escandalizar a mi hermano».⁷¹

Muchos cristianos podrán exclamar: “¡Que dura doctrina! ¿Cómo podremos cumplimentarla en el seno de nuestra fragilidad? Existe una manera. Y otra vez la respuesta puede parecer ingenua y simplista, pero no lo es. El rezo del santo Rosario transforma paulatinamente la dureza del corazón, para otorgarle una exquisita sensibilidad evangélica frente a toda esta problemática. Quien ora sin desfallecer, terminará experimentando el deseo ardiente de la conversión, el contenido de la palabra de Dios cotejado con la banalidad de nuestra vida nos conducirá al arrepentimiento por nuestra inconsecuencia. Y el arrepentimiento—que ha de ser un estado permanente de nuestro espíritu— conduce necesariamente, si es sincero, a la modificación de nuestra conducta asimilándola a los postulados del evangelio.”⁷²

Muchos Papas han recomendado el rezo del santo Rosario; con ellos han hecho coro numerosos santos de todos los tiempos. Tantos testimonios y experiencias deberían bastarnos, hacernos examinar y repensar nuestros criterios y someter a juicio crítico nuestro menosprecio—si acaso existe— por la meditación y recitación del santo Rosario.

Mas, por encima de todas las opiniones de simples y falibles seres humanos, hay otra que debe hacer mella en nuestro corazón. Es la enseñanza de la misma Santísima Virgen. En Lourdes, en Fátima, y en tantos otros lugares y de tan diversas maneras, nos ha inculcado esta verdad. Nos ha pedido el rezo frecuente del santo Rosario, de su Rosario, como única salida frente a todos los males, peligros y desgracias. ¿Seremos tan tercos para no escucharla ni siquiera a ella?

Fray Domingo F. Basso O.P.
Maestro en Sagrada Teología.

⁶⁷ II-II, 43, 8

⁶⁸ Rm 14, 15

⁶⁹ I Co 6, 7. Es del todo conveniente leer la continuación de este texto.

⁷⁰ I Co 9, 11

⁷¹ I Co 8, 13

⁷² Por algo tradicionalmente se suele comenzar el rezo del Rosario con un acto de contrición.

